

LA BELLEZA DE LA VIRTUD

Por N. Sri Ram

Hay algunas palabras en inglés —y en otros idiomas también— cuyo significado sólo se conoce parcialmente, porque hay que descubrirlas a través de nuestra propia vida y acciones. La sabiduría es una de estas palabras. Podemos tener un cierto concepto de lo que significa, pero ese concepto, aunque no sea vago ni deficiente, posiblemente sea parcial en su verdad. Podríamos no conocer su verdadera cualidad, belleza, y acción.

La virtud es otra de esas palabras. A veces utilizamos su forma en singular para abarcar todo aquello de la misma naturaleza; otras veces, hablamos en plural de “las virtudes”, distinguiendo unas de otras. Las virtudes así divididas, se han clasificado de diferentes maneras.

Por ejemplo, en el pensamiento griego antiguo, la justicia, la templanza, el valor, y la prudencia, se consideraban las virtudes cardinales. Estas palabras, siendo traducciones del griego original, podrían no transmitir debidamente el sentido que se les confería en aquel momento. Pero utilizando esas palabras según lo que significan actualmente, no resulta enteramente claro por qué a esas virtudes en particular se les consideraba como fundamentales, siendo otras presumiblemente adicionales o secundarias.

No obstante cuán excelentes o imprescindibles puedan ser éstas en ciertos aspectos, esas virtudes pertenecen al campo de la razón, por donde uno tiene que comenzar para una correcta premisa. Cualquier persona inteligente vería que la prudencia, por ejemplo, es necesaria para salvaguardar sus intereses, y la templanza o moderación, para asegurar su propio bienestar. Junto con el valor y la justicia, éstas serían aceptables para la mayoría de las personas conforme a su sabiduría mundana. Pero el interés personal y la virtud en sus aspectos superiores podrían no ir juntos.

Cuándo la influencia del cristianismo se extendió por Europa, otras virtudes de un carácter predominantemente espiritual, tales como la humildad, la caridad, el amor, y la fe asumieron importancia. Se les consideraba más cercanas al corazón de Dios o de la Naturaleza Divina.

En la escuela de pensamiento Mahayana del Budismo del norte, el sendero de la virtud no estaba separado de la sabiduría ni de los actos altruistas. Se le concebía como marcado por siete portales, cada uno de los cuales llamaba a un cierto tipo de desarrollo que representaba un aspecto de la perfección humana, teniendo sus raíces en la naturaleza incorrupta e incorruptible presente en lo más hondo de cada ser humano.

La llave del primer portal, como se explica en el libro *La Voz del Silencio*, por H. P. Blavatsky, es *Dana*, una palabra sánscrita que se traduce como “caridad y amor inmortal”. La palabra significa literalmente *dar*, pero es darse con el corazón incondicionalmente y sin reserva. A menos que este viaje se realice por un motivo puro y altruista —el anhelo de dedicarse a la tarea de llevar luz y alegría a cada ser humano, y el bien a todas las criaturas vivientes— no se puede emprender. Nuestro corazón y nuestra mente tienen primeramente que sensibilizarse con el corazón y la mente de todos seres vivientes.

El segundo portal se llama *Shila* — todos los portales tienen nombres en sánscrito o en pali— lo cual usualmente se entiende como una vida limpia y rectitud en todos los aspectos del vivir y de la conducta. H.P.B. lo traduce como “armonía de palabra y obra”, porque la armonía interna es inseparable del recto vivir, que se manifiesta como armonía de palabra y obra. El tercer portal es *Kshanti*, que se describe como “la dulce paciencia que nada turba”. El significado común de la palabra paciencia en el diccionario incluye los aspectos de tolerancia y perdón.

Las dos virtudes siguientes son *Vairagya*, que es desapego o desapasionamiento, y *Virya*, que es energía. H.P.B. traduce *Vairagya* como “indiferencia al placer y al dolor, conquista de la ilusión, y sola percepción de la verdad”, y *Virya*, como “energía intrépida que lucha por alcanzar la verdad eterna”. No es el tipo de fuerza que pertenece a las cosas materiales, sino la fuerza o la vida del espíritu que surge de un estado de pureza incondicional, y que por tanto se puede manifestar como ardor o pasión supremos, pero con desapego, no involucrado en las cosas relativas al medio en que se desenvuelve.

Los dos últimos portales se denominan *Dhyana*, que alude al estado contemplativo o meditativo, y *Prajna*, que es la perfecta comprensión, y realmente condiciona al ser en quien esa virtud o virtudes están presentes.

Cuando utilizamos la palabra *virtud*, ¿cuál es nuestro concepto de ella? Comúnmente pensamos que se trata de una fórmula, un principio, o un precepto al cual tenemos que adherirnos. Al hacerlo, siempre hay una brecha entre lo ideal y lo real, y esto llega a causar un conflicto interno. El ideal puede ser la veracidad, no meramente en las palabras, sino también en conducta y pensamiento. Si fallamos en lograrla, a no ser que amemos la verdad por sí misma —sin un ego que esté buscando el éxito, un sentido de logro, o una buena opinión de sí— de seguro que habrá descontento con uno mismo, y esto podría incluso transferirse al ideal mismo. Esta insatisfacción podría llevar a una reconsideración del ideal o incluso a rebelarse contra él. Podemos advertir esta clase de reacción en el caso de una persona que quiere renunciar a algún apego, pero halla difícil hacerlo. Después de un tiempo, a esa

persona podría incluso parecerle bueno el consentir en su debilidad hasta cierto punto porque le alivia la tensión, le conduce a tener mejores relaciones, y demás.

La virtud se puede considerar, bajo otra luz, no como la conformidad a una regla o principio colocado ante nosotros que aceptamos por una razón u otra, sino como una libre y espontánea expresión de una pura naturaleza básica, o del ser que existe en cada persona, una naturaleza que es incorrupta e incorruptible. Cuando la naturaleza entra en acción, la forma en que ésta actúa es en sí misma el sendero de la virtud. Esta es la verdad que Lao Tzu, el gran filósofo chino, expone en su famoso clásico, pero esto requiere una clara penetración para verlo como un hecho. Por lo tanto, el asunto es: ¿Vemos la existencia de esa naturaleza en nosotros mismos como una posibilidad? Si esa posibilidad existe —tanto si nos referimos a la virtud en general o a virtudes específicas— entonces, todas ellas son modos o formas de acción asumidas por esa fuerza que emana de esa naturaleza pura, incondicional, e inalterable ante influencia externa alguna.

En el Noble Óctuple Sendero enseñado por el Buda, el primer paso es “una correcta penetración”, no una creencia, como la palabra en lengua pali con frecuencia se traduce erróneamente. Es la penetración en uno mismo —la forma en que una persona se ve afectada por las cosas externas, incluso por sus actos y sus reacciones— lo que coloca a la persona en el sendero de la sabiduría. Entonces puede haber un recto pensamiento, un recto hablar, una recta acción, y demás, que son los otros pasos. Uno tiene que ver lo que es correcto o no en cada propia acción, incluyendo los pensamientos y palabras.

Cuándo la virtud se entiende de este modo, como una expresión libre y espontánea de una naturaleza que existe en todos, al menos potencialmente, no hay voluntad propia puesta en ello. La propia voluntad sólo entra en acción cuando hay que dirigir la propia acción de acuerdo con cierto concepto o imagen, y esto surgirá del propio condicionamiento y las inclinaciones.

No es voluntad libre en sentido real, ya que puede convertirse en una forma de actuar egoísta y deliberada. No es la voluntad innata en los libres movimientos de la vida. La energía que nace de cualquier forma de condicionamiento es mecánica en su acción, es una resultante de fuerzas inducidas. No es la energía de la naturaleza espiritual, que es siempre original y espontánea, y que actúa total, no parcialmente, libre y espontáneamente y --debido a que no actúa según un patrón fijo--, también inteligentemente.

La virtud en acción —sin acción no hay virtud— no incurre en errores por exceso ni por el defecto. Por eso se alude a ese sendero como el punto medio, la medida ideal, o la regla de oro. Esa naturaleza incorrupta sabe instintivamente lo que es correcto en pensamiento y acción, y por consiguiente actúa acorde con ello, como mismo un

artista magistral sabe cómo hacer una bella curva y trazarla con un instinto seguro. Él sabe exactamente dónde debe colocar la línea y a través de qué puntos ésta debe pasar. En la naturaleza pura e incondicional hay tal instinto, que se muestra en la forma de acción, así como en la calidad de los resultados logrados. La forma es igualmente importante, y puede ser aún más importante que el resultado perceptible concreto. Debido a que la forma evoca un sentimiento, irradia una cualidad; es como la inflexión de la voz al producir la música, que tiene que ser perfecta por completo.

La energía de los actos incondicionados de la naturaleza actúa libremente, y con ello crea un patrón o una forma que siempre encierra alguna clase de armonía. Puede haber innumerables formas. No actúa según un patrón fijo —en tal acción no habría libertad— pero su libre acción asume esa forma, porque ésta expresa la cualidad de la armonía innata a su naturaleza, la cual actúa siempre en su totalidad sin perder nunca su unidad. Todas estas formas que surgen de una misma base, esto es, de esa naturaleza unificada, tienen también que estar en armonía unas con otras, como mismo todas las leyes de la naturaleza concuerdan unas con otras. Es decir, puede haber una síntesis de todas las virtudes, que es la virtud en un sentido más general o más amplio, representando la plena armonía de esa naturaleza en su totalidad.

La forma que nace cambia de un momento a otro, porque la acción que crea la forma surge de la base de la vida y la sensibilidad. Puede haber esa acción espontánea porque, cuando el terreno es claro, cuando existe la cualidad de la pureza o la inocencia en ese terreno, la semilla divina presente por doquier en la naturaleza —es realmente una concentración de energías— florece espontáneamente. Lo que es divino es hermoso, sus energías siempre actúan en concierto y crean una forma de belleza. Un bello y conocido himno de la India alude a “la semilla” que florece en muchas formas diferentes. Es tan viril, tan lleno de posibilidades, que las energías entran en acción espontáneamente cuando el camino está dispuesto para ello. Todas las virtudes que nacen del mismo terreno puro de una naturaleza incorrupta constituyen en su totalidad una forma de perfección. Es ésta la verdad que se trasmite en la leyenda del Cristo nace de la Virgen María, el Cristo como personificación de la gracia, la belleza y sabiduría divinas, y María representando esa naturaleza inmaculada de la cual la perfección surge espontáneamente.

Cuándo hay un instinto de la belleza, todo que uno hace siguiendo ese instinto será hermoso. De la misma forma puede haber un instinto de la virtud o de la rectitud, y cuando entra en acción, todo cuanto uno hace, piensa, o siente es correcto y hermoso.

Cuándo la armonía innata y latente en la naturaleza incondicional o espiritual se manifiesta en una forma de belleza, podemos denominarla como belleza del alma, y es más hermosa que cualquier belleza externa. Se dice que todas las artes aspiran hacia la música. Todas son una aproximación a la forma que asume la música perfecta. Todas

las obras de pintura, escultura y arquitectura son creaciones en un medio menos plástico que el sonido, y entre ellas la música sobresale porque hay en ella cambio y movimiento de un instante a otro. La naturaleza de que lo que estamos discutiendo también cambia de un momento a otro, y es más sutil que cuanto nuestra mente pueda concebir. Tal naturaleza llena de sensibilidad y armonía — libre de todo elemento que impida o distorsione su acción, prestándose a las modificaciones e inflexiones más sutiles— es lo que constituye la verdadera individualidad o el alma del ser humano. Toda la belleza que vemos alrededor nosotros en las cosas externas, no son sino fragmentos que reflejan la belleza interior. Esa belleza interior, según se manifiesta, se convierte en vida y acción, siempre cambiante, pero siempre presentando un aspecto de esa armonía que es su base.

Una distinción fundamental de las virtudes estaría entre las que podrían llamarse básicas o espirituales, porque expresan la naturaleza esencial del alma, la cualidad presente en ella — con virtudes tales como la humildad, la inocencia, la pureza, y el amor— y las que les siguen en forma natural o como efectos secundarios y que apelan a la razón como prácticas y necesarias. Como ejemplos de las mismas podemos citar el estar libres de la pereza, la perseverancia, la discreción, y otras. Por sí mismas, estas virtudes son insuficientes. La perseverancia es buena y necesaria, pero uno puede perseverar con obstinación en el error. Uno puede no ser perezoso sino energético, pero hacer más daño que bien con esa energía. Tiene que haber una comprensión de lo que la pereza implica y le hace a uno mismo y a los demás. Cuando hay esa comprensión, uno deja de ser perezoso, deja de encerrarse en sí mismo, deja de quedarse estático o lánguido.

Cuando un artista crea una forma hermosa, siempre expresa una cierta cualidad que va más allá de esa forma; evocando en quien la contempla una sensación que tiene esa misma cualidad. Cada forma hermosa de conducta expresa una cualidad que se encuentra en la naturaleza del alma. Pero una forma copiada de un modelo no puede tener la belleza ni la gracia poseídas por una forma que nace de una comprensión o un sentimiento internos, como una creación inmediata. La naturaleza del alma tiene una belleza eterna, que no es de esta tierra. Todas las virtudes son manifestaciones de esa belleza. En su totalidad, constituyen la forma, o como podríamos decir, la flor del alma.

Esa belleza se manifiesta cuando uno realmente carece de egoísmo. No es fácil extirpar el egoísmo, porque aún cuando no esté presente como una entidad activa imponiendo su presencia, puede invadir subconscientemente nuestra naturaleza y operar de manera indirecta. Pero cuando todo lo que la palabra “ego” denota — ambición, engrandecimiento, lujuria, engaño, etcétera— desaparece, entonces como un cielo claro, la naturaleza del alma se revela con sus hermosas cualidades. Si al menos

una de estas cualidades se desarrollara a la perfección, las demás le seguirían, porque todas ellas surgen de un mismo estado del ser que es siempre indivisible y las abarca a todas. Es posible decir que la humildad es la madre de todas las virtudes; o que el amor, en su sentido más hermoso, es la virtud fundamental, o que tiene que existir la cualidad de la inocencia o la pureza en uno mismo como la base primaria. Pero no es necesario cultivar éstas —de hecho, no se pueden cultivar— una tras otra. Uno puede comprender ese estado del ser en el cual todas estas virtudes y aun otras, están simultáneamente presentes.

Debido a que es algo de lo que uno tiene que darse cuenta por uno mismo, la virtud, en su verdadera cualidad, no puede enseñarse. Uno puede aprender por medio de la observación o las palabras de otros, la forma o formas en que una virtud en particular se manifiesta. Pero la mera forma, aún cuando pueda resultar inspiradora para una persona intuitiva, no puede crear el espíritu ni el sentimiento del cual es su expresión.

La virtud no es un conocimiento de tipo ordinario que puede transmitirse mediante las palabras. Es de la misma clase que el sabor, o la sensación que provoca la belleza, y de otros dones innatos que no pueden enseñarse. Tiene que aprenderse por otros medios. Cuando hay un amor verdadero creando una relación de simpatía o un estado de comunión entre una persona y otra, como por ejemplo, entre una madre y su hijo, lo que está en el corazón de madre puede ser transmitido al hijo.

No sabemos realmente lo que el amor significa. Sólo conocemos el amor basado en el apego y la posesión. Cuando una persona se enamora, especialmente si es el amor ocurre a primera vista, el objeto del amor parece divinamente hermoso. Esta condición es pasajera desgraciadamente, porque está mezclada con otros sentimientos. Pero indica la naturaleza verdadera del amor; es la luz interna que revela la belleza que se esconde en las cosas.

Toda acción de naturaleza espiritual tiene el encanto y la frescura de la espontaneidad. La virtud tiene este encanto. Es como una flor siempre fresca. No sólo es la acción de la naturaleza espiritual enteramente voluntaria, sino se da también sin reservas. Se entrega completamente. La belleza de la virtud está en tal acto de entrega.

Hay una naturaleza en lo más profundo de nosotros que se revela sólo cuando el terreno es propicio para ello. Esa naturaleza continúa siendo la misma y es intemporal. Pero es capaz de una infinita variedad de acción. Cada modo y forma de acción es una forma de belleza, y cuando aparece en la conducta, es también una forma de virtud.